

"PERRO" Y "GATO"

La vieja Iglesia de Santa Marta quedaba en el descampado. El pueblo distaba de ella más de diez minutos; quizás por eso sus puertas estaban casi siempre cerradas. La imagen policromada de la Santa parecía hacer un gesto de aburrimiento y soledad.

Llovía. Por el camino que lleva al pueblo un carro desapareció entre los quejidos de sus ruedas. Nadie en el campo, nadie en las montañas rojizas del fondo. El campanario de la iglesia brillaba mojado por la lluvia.

Era el día a propósito. Tras un bancal, bajo las capuchas de dos sacos aparecieron los rostros mojados de «Perro» y «Gato», los más peligrosos ladrones de la comarca.

Rapidamente, los sacos andantes se situaron bajo el dintel del gran portalón.

—¿Por dónde?, preguntó «Perro» a su compañero.

—Por el ventanal del ábside.

«Gato» empujó la ventana con un largo bastón de forma que al abrirse una tromba de agua cayó en el interior. Después, lanzaron la cuerda con el gancho, y penetraron en la sombría iglesia.

—Aquí esta la sacristía, prepara el saco, «Gato».

Un armario de maderas ya carcomidas crugió: cálices, alguna patena, una cajita de...

—«Perro» mira en este arcón, hay muchas insignias y medallas, cojámoslas también.

—¿Para qué las quieres?, exclamó «Perro».

—Para ponérmelas, ¡Qué bien me están! Fíjate en esta cinta roja de la cofradía; parezco un general.

Los dos ladrones huyeron con la noche, dejando que amaneciera el día.

Pasaron los años, sobre los campos, sobre las montañas rojizas del horizonte y sobre la vieja iglesia de Santa Marta.

«Gato» había progresado mucho. Ya no era ladrón. Con el producto de sus ganancias había montado un gran almacén de vinos, y desde que el negocio fué floreciendo, la gente le llamaba «Don Gato».

Y «Don Gato» era hombre principal en el pueblo, de forma que cuando la fiesta del mismo, el alcalde en persona fué a rogarle que llevase el pendón en la procesión, a lo que «Don Gato» accedió gustosísimo.

«Don Gato» rebuscó en su casa y entre sus trastos encontró las medallas y cintas que robaba en la sacristía hacia años cuando, era ladrón. Se las puso sobre el chaqué. Con ellas puestas, se sentía un hombre bueno, pero su bondad fué aún más pregonada por la gente, cuando pagó las fiestas del lugar; con sus fuegos de artificio y cuando regaló a la iglesia los candelabros de plata labrada. ¿Quién se acordaba ya de sus fechorías de ladrón?, sentado en la iglesia junto al alcalde, contemplaba orgulloso los candelabros de plata, mientras parecía decirle a Santa Marta:

—Yo te los regalé.

También «Perro» se retiró de la vida de ladrón. Avergonzado, marchó al monte, donde cultivaba un pedazo de tierra. Allí trabajaba y recordaba su pasada vida.

Muchas noches cuando caía la lluvia y apenas la gente rondaba por los caminos, «Perro», al igual de cuando era ladrón, penetraba sigiloso en la vieja iglesia de Santa Marta y depositaba una limosna, producto de su trabajo.

Volvió a correr el tiempo sobre los campos, y sobre las montañas rojizas del horizonte y el destino quiso unir de nuevo la vida de los dos ladrones «Perro» y «Gato». Fué precisamente en el año de la gran epidemia. Los enfermos no cabían en el Hospital y las camillas se amontonaban en la puerta del

cementerio. Había allí dos cadáveres por enterrar: uno, un perro; otro, un gato.

Entre las nubes se oía un aullido:

—¡Uau...!

después un maullido:

—¡Miau...!

Una voz salía tras la copa de los pinos en la colina.

—¿Eres tu, «Gato»?

—Yo soy «Perro».

—Y ¿a dónde vas por las nubes?

«Gato» cargado de medallas y cintas, empuñando el gran pendón de la procesión contestó:

—Me voy al cielo.

—Vamos los dos, contestó «Perro».

Ambos siguieron caminando entre las nubes y saltando de una a otra.

—¿Tu crees que nos dejarán entrar? preguntó «Perro».

—Déjame a mí.

Por fin, al torcer un recodo de estrellas, encontraron las puertas del cielo.

«Gato», enarbolando con una mano el pendón de la procesión, sacudió con la otra la aldaba de la gran puerta azul.

Esta se entreabrió y en ella apareció un ángel.

—Abrid la puerta de par en par, que llevo yo «Don Gato»

—Y... ¿Quién sois vos? preguntó el ángel.

—Yo soy «Don Gato», aquel que regaló los candelabros de plata repujada para el altar de Santa Marta, el mismo que llevaba el pendón en la procesión y el que pagaba la fiesta en el pueblo.

—Pues a pesar de lo que me dices, no te conocemos, no puedes pasar.

«Don Gato» enarboló el pendón e hizo ademán de entrar, pero pronto se encontró que una espada de cristal le cortaba el paso.

—Atrás, exclamó el ángel, alzando la espada en alto para asestarle un golpe.

«Gato» lleno de pánico echó a correr, dejando caer por las nubes blancas sus insignias y su gran pendón.

Junto a la puerta azul del cielo quedaba «Perro», espantado, atónito, sin saber qué decir, el ángel le miraba curioso.

—¿Y tú, quién eres? ¿también pretendes entrar aquí?

—Si me invitáis, ¿por qué no?, contestó «Perro». Se que soy un pobre ladrón, que no merezco ser invitado a pasar, pero a pesar de todo me encantaría hacerlo.

—Un momento, exclamó el ángel, dirigiéndose hacia un gran archivador de metal que había junto a la puerta.

—¿Cómo te llamas?

—«Perro».

—Veamos, dijo el ángel buscando entre las fichas. Pérez. . Perico... Pepito... «Perro». ¡Aquí está tu ficha! Y dice que en las noches de lluvia cuando nadie te vea...

«Perro» en un solo instante se acordó de los robos de toda su vida.

El ángel prosiguió:

—Te internabas en la iglesia y depositabas en una urna una limosna, para compensar los robos que hiciste en tu juventud. Tu limosna ha sido aceptada, puedes pasar.

«Perro» lanzó un «Uau» prolongado y de un brinco se metió dentro.

Después la puerta grande y azul del cielo se cerró de golpe, mientras su estallido retumbaba en el firmamento.

Santiago Marsal